



La utópica «ciudad de los libros» de la película «Fahrenheit 451», realizada por Truffaut sobre un relato de Ray Bradbury.

## El futuro

# MIEDO A LAS UTOPIAS

RAMIRO CRISTOBAL

**N** I profetas, ni mesías. Nuestro tiempo no es bueno para mundos ideales en un futuro más o menos lejano. No hay moralista, político o economista, creyente en el progreso, que se plantee algo más allá de los próximos cuatro años. Bastante tienen con atajar los males que se producen un día tras otro y bastante con tapan las vías de agua que se abren por debajo de la línea de flotación. Ni siquiera los autores de las llamadas «utopías negras» parecen encontrarse con fuerzas: demostrar o plantear siquiera los males de una sociedad futura, disciplinada y colectivizada, entrañaría demostrar las ventajas de una sociedad individualista y pretendidamente liberal. Y esto, a cada momento, resulta más difícil.

Los últimos escritores que se han ocupado del futuro muestran una coincidencia significativa en señalar el final de una época —la sociedad industrializada— y el comienzo de una nueva, cuya definición es bastante difícil. Esto merece unas cuantas reflexiones, de las que nos vamos a ocupar a continuación.

En primer lugar, está la consideración, probablemente acertada, de encontrarnos al final de una etapa histórica en la vida del hombre. A mi parecer esta progresiva certidumbre ha pasado de un estadio cualitativo a uno cuantitativo. Es decir, nadie ignora que desde hace al menos veinte años la sociedad industrial viene siendo duramente criticada desde dentro. Cuestiones como el deterioro del medio ambiente, la agresividad hacia ciertos tipos de vida animal, la peligrosa homogeneización de las conciencias y los pensamientos, la alienación, la incomodidad en las grandes urbes industriales, el deterioro, en

fin, de la calidad de vida, son algunos de los principales temas de la llamada contracultura de nuestro tiempo.

Pero, lo que ha venido a remachar verdaderamente el clavo, ha sido la conciencia, en los últimos cuatro o cinco años del creciente empobrecimiento de estas mismas sociedades industriales, tras el alza de precios de una de las materias primas fundamentales: el petróleo.

Así, pues, tenemos un sistema en crisis que empieza a deteriorarse y a funcionar con extrema dificultad. Sistema que, por otra parte, es dudoso que colmara las expectativas de calidad de vida de los seres humanos, aún en el mejor de sus momentos históricos, es decir, cuando era el marco de funcionamiento de sociedades prósperas.

Esta conciencia crítica no quiere decir, desde luego, que surgieran alternativas coherentes. Algunas de ellas como las propiciadas por las escuelas ecologistas de los años se-

## EL FUTURO

senta, se han demostrado bien intencionadas pero inviables. El marchar hacia comunidades relativamente pequeñas, autosuficientes y elevadamente autónomas, tenía, sin duda todas las bendiciones de un esquema teórico para el mundo occidental y desarrollado, pero tenía poca verosimilitud en un mundo interdependiente, en el que los países más pobres hubieran tenido que seguir pagando la factura de este ensayo que dejaba a salvo buenas conciencias un poco limitadas. Todo esto sin contar con la estructura de oposición que a estos proyectos haría el verdadero centro de poder económico.

Quedaba, luego, la gran alternativa del comunismo. Sin embargo, un cierto anquilosamiento imaginativo y una excesiva limitación al campo de la economía, han conseguido hasta el momento hacer lento y contradictorio el proceso. En definitiva, incapaz de alimentar las esperanzas, el sentido de utopía, de la gente. Añadamos que la manipulación de los Mass Media han provocado el acentuar considerablemente dichos aspectos negativos.

### El encanto del reformismo

El panorama es pues, bastante claro: un sistema que funciona mal y deja insatisfecha a la gente; unas alternativas utópicas en el peor sentido del término y una alternativa real que aún no ha demostrado plenamente su eficacia. No es extraño, como puede comprenderse, que el reformista gane adeptos, particularmente entre las personas que están más directamente implicadas con el poder, desde los funcionarios del aparato de Estado hasta el resto de los poderes llamados fácticos, como las diferentes iglesias y el ejército. También aunque parezca extraño, hay gran número de intelectuales que se están uniendo al carro.

No es nuevo, desde luego. Tanto las utopías de la antigüedad, como las aparecidas en el Renacimiento europeo e, incluso, gran parte de las del siglo XIX entre los socialistas no marxistas, no cuestionaban sistemas existentes —las «tiránías» absolutistas de la época de Platón, las monarquías absolutas del siglo XVI o los Estados capitalistas del siglo pasado, sino que para sus autores de lo que se trataba era de invitar a los dirigentes a hacer «buen uso» de su poder, es decir, insuflar la justicia y la ética dentro de la sociedad. El caso era moralizar al poder absoluto para conseguir de

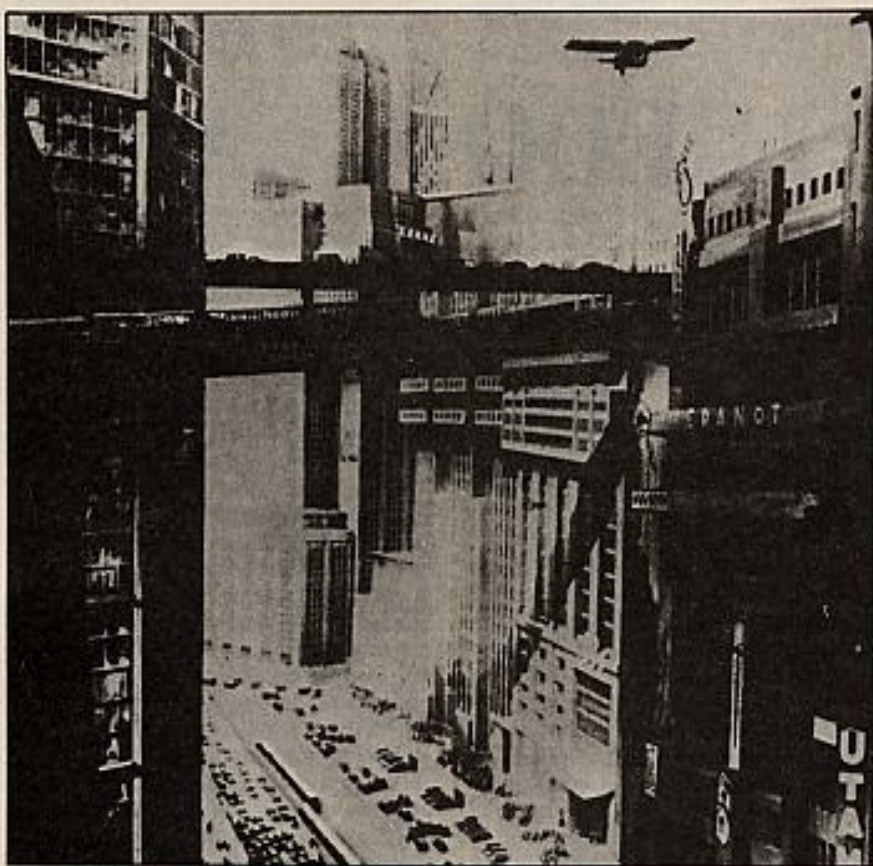
forma paternalista la felicidad del mayor número. Se rechazaba desde luego el abuso de poder y la corrupción que eran contemplados como el peor de los males sociales y se achacaba a los defectos del ser humano el mal e injusto funcionamiento del sistema. En combatir la pereza, el egoísmo, la avaricia y hasta el individualismo culpable, estaba la clave de una sociedad feliz.

Las antiutopías, en cambio, estaban en contra de esta forma de ver el futuro; desde Chesterton, hasta Orwell y desde Huxley hasta Bradbury, arremetieron contra lo que consideraban la muerte de la imaginación, la libertad y la iniciativa individual. Huxley hizo una caricatura de esta felicidad bobalicona y vergonzante que nos proponía el padre-estado y lo mismo hizo Bradbury tomando como cabeza de su feroz crítica, precisamente el mal uso de la tecnología electrónica y bioquímica. Orwell predecía un futuro de imperialismos encontrados y Anthony Burgess ha anunciado, no hace mucho, un mundo futuro tirani-

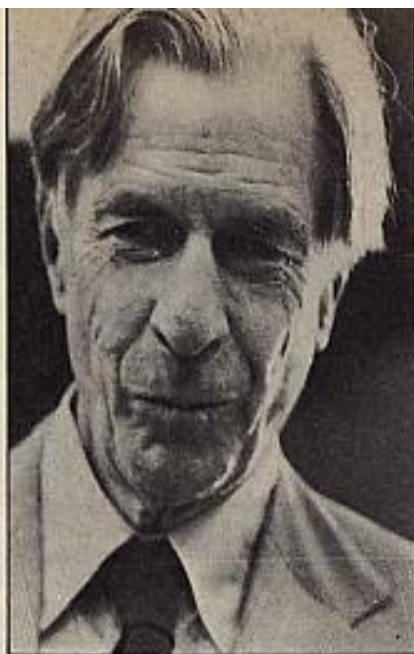
zado por los sindicatos y los jeques árabes.

Los utopistas clásicos opinan que solo un pueblo disciplinado y una sociedad jerarquizada puede ser organizada por un estado fuerte y benevolente para hacer una sociedad justa. Los del siglo en que vivimos, en cambio, consideran intolerable el que el estado se adjudique el derecho a organizar la vida de los demás y lo señalan como una tiranía inadmisibles para la dignidad humana e, incluso, como una coartada para oscuros designios de mantener el poder y la riqueza.

Entre unos y otros, una tercera vía, trata de conseguir la mayor cantidad posible de reformas. Ocorre que, entre otras cosas, las reformas están más cercanas a la posibilidad real de los hombres. En las utopías renacentistas no se explica como podría llegarse a esa sociedad ideal y sirven más como «modelo de príncipes» que otra cosa. En las utopías del siglo XX hay una especie de advertencia de donde nos podemos encontrar de no poner re-



Fotograma de «Metrópolis» (1926), película del director alemán Fritz Lang que presenta una alucinante visión de la sociedad futura, dividida rigidamente en una masa de esclavos que trabajan en los subterráneos de Metrópolis, mientras en la superficie gozan los hombres libres.



John Kenneth Galbraith en su último libro trata de mostrar el contraste entre las grandes certidumbres del pensamiento económico del siglo pasado y la gran incertidumbre con que se abordan en nuestro tiempo.

medio a tiempo. Los reformistas, en cambio, tratan de enfrentarse al problema aquí y ahora.

## Acta de defunción

Un sistema autoritario que puede ejercer la justicia y defender a los más débiles contra los fuertes, estructurar el entramado económico para lograr un justo reparto de los bienes y lograr una imaginativa ordenación del ocio para intentar llegar al mismo centro del homo ludens; todo esto es atractivo, pero no hay que olvidar que un sistema autoritario puede ser fuente de usurpación del poder, consagración de las injusticias y semillero de la más descarada corrupción. Del mismo modo, un sistema liberal que favorezca el ejercicio de la libre expresión humana también puede galvanizar a las masas. Salvo que en muchos casos es sólo un pretexto para el beneficio de monopolios comerciales e industriales.

Lo que ocurre es que, hasta ahora, todo esto era mera cuestión académica y a partir de ahora va a convertirse en la gran incógnita del hombre y no la que tenía en cuenta Alexis Carrel. En estos momentos hay un creciente acuerdo para dictaminar el acta de defunción sobre la sociedad industrial tal como es. John Kenneth Galbraith en su último libro publicado en castellano «La era de la incertidumbre» (1), hace frecuentes, aunque moderadas, afirmaciones en tal sentido. Dice por ejemplo: «En la Europa Occidental y en el Japón el fracaso del capitalismo en los campos de la vi-

vienda, la sanidad y el transporte es ampliamente, aunque no del todo, aceptado.» Y dice en el prólogo, en la línea en que nos venimos expresando en este trabajo, que trata de mostrar «el contraste entre las grandes certidumbres del pensamiento económico del siglo pasado y la gran incertidumbre con que se abordan en nuestro tiempo. En el siglo pasado, los capitalistas estaban seguros del triunfo del capitalismo; los socialistas, del socialismo; los imperialistas, del colonialismo y las clases gobernantes sabían que estaban hechas para gobernar. Poca de esta certidumbre sobrevive en la actualidad».

De la misma manera Alvin Toffler, especialista en futurología también



El futurólogo Alvin Toffler que en su libro «La tercera ola» afirma la muerte del industrialismo y el nacimiento de una nueva civilización.

reitera en su último libro, «La tercera ola» (2) una afirmación que lleva realizando desde hace años: su convicción de la muerte de la sociedad industrial. Dice concretamente que hechos tan dispares como «la quiebra de la familia nuclear, la crisis mundial de la energía, la difusión de cultos y la televisión por cable, el incremento del horario flexible y los nuevos conjuntos de beneficios marginales, la aparición de movimientos separatistas desde Quebec hasta Córcega, tal vez parezcan acontecimientos aislados. Sin embargo, lo cierto es exactamente lo contrario. Estos y muchos otros acontecimientos o tendencias aparentemente inconexas se hallan relacionados entre sí. Son de hecho, partes de un

fenómeno mucho más amplio: la muerte del industrialismo y el nacimiento de una nueva civilización». El propio título de la obra alude a este mundo nuevo en ciernes y a la superación de las dos «olas» anteriores, la civilización agrícola (comenzada hace diez mil años) y la industrial que tiene de vida sólo tres siglos.

Digamos, entre paréntesis, que estos análisis apenas si son un acta notarial de cosas que ocurren, las cuales parecen indicar el agotamiento de lo existente. En el caso de Galbraith no hay apenas alusión a como puede ser el mundo futuro que sustituya al que tenemos. Y Toffler habla más de tendencias que de realizaciones. En ningún momento nos explica como aparecerá ese mundo nuevo, cual será la fuerza motriz que nos lleve a su «tercera ola». En definitiva parece creer que hay otra «mano invisible», un oculto sentido común de los seres humanos que les lleva a buscar su felicidad por medios extravagantes pero eficaces.

## ¿Quién puede atreverse?

En efecto, por más clara que pueda estar la decadencia del industrialismo, que puede identificarse en mayor o menor medida con el capitalismo; por más claro que nos parezca, pocos pueden atreverse a pronosticar el futuro. Incluso la moda de la ciencia ficción, patente en los años sesenta y primeros setenta ha ido derivando lentamente hacia las aventuras «espaciales» y rehuyendo prudentemente todo aquello que pudiera significar compromiso de valoración de la sociedad futura.

Para empezar, la sociedad industrial ha segregado fuerzas superiores a sí misma: las armas nucleares pueden, como tantas veces se ha dicho, terminar con el propio sistema que dio lugar a su aparición. Entonces estamos ante una razón tan poderosa que puede anular cualquier intento de futurología.

Pero es que, además, en la línea en que nos venimos expresando, nos encontramos en uno de esos momentos históricos de crisis en los que el hombre pierde de vista el sistema en que ha creído durante siglos. Es un momento similar al de la decadencia de la ciudad estado griega del que Paul Nizan, hablando de Epicuro dice (3):

(3) Editorial Fundamentos, «Los materialistas de la antigüedad», 1971.

(1) Editorial Plaza y Janés, 1981.

(2) Editorial Plaza y Janés, 1981.

## EL FUTURO

«En tiempo de Platón, aún parecía posible esperar el bien colectivo de la sociedad. En el de Epicuro apenas se puede desear el bien individual del hombre. Todas las doctrinas posteriores a Aristóteles, sucesor de Platón, no piensan en restablecimiento de los valores sociales, sino solamente en el bienestar del hombre. Es el gran retroceso del pensamiento griego.» Es también el caso de, en parte, el siglo XVIII: se hará crítica, propaganda y sobre todo se devolverá la importancia a la vida del individuo. Pero sólo en muy raras ocasiones se hablará del mundo futuro. Está claro que apenas es posible desenvolverse entre las tinieblas de la decadencia del mundo en que se vive.

Esta situación social, con todas las variantes históricas que se quiera, habrán recordado al lector nuestro propio tiempo, donde como en casi ninguna época anterior, existe la búsqueda afanosa de los intentos de satisfacción individual —del sexo al coleccionismo y de la gastronomía al consumo— y la multiplicación de estos recursos hasta el infinito. No es casualidad que sea en los Estados Unidos, el país vanguardia de la sociedad industrial y de su crisis, donde proliferen con mayor intensidad este hedonismo de nuestra época.

### Pragmatismo palabra clave

Claro está que todo desemboca en el pragmatismo. Y esto en su peor sentido, como el que le da Harry K. Wells en «Pragmatismo filosofía del imperialismo», y también en su sentido más correcto, como aplicación inmediata de remedios a problemas igualmente inmediatos. No creo que quepa duda acerca de la voluntad pragmática de la mayoría de los responsables políticos de nuestra época, muchos de ellos además destacados escritores y teóricos de las más diversas ciencias.

No es ajeno a ello, tampoco, que tanto en los países capitalistas como en los socialistas, estemos contemplando día tras día, el parcheo de los problemas que la dinámica de la historia va planteando. En los países del Este de Europa la gente pide algo más que un empleo asegurado y un bienestar material: piden también una vida más interesante y variada, la posibilidad del contraste de la cultura y la opción de llenar su parte lúdica con arreglo a su criterio privado sin tener que someterse a lo que piense el estado del tema. En los países capita-

listas está igualmente claro que la gente quiere el fin de la corrupción que finalmente queda a su costa, una mayor justicia social, el fin del monopolio del poder por parte de las camarillas del dinero, el fin de la prepotencia patronal, la seguridad en el trabajo y otras muchas cosas que tiene que ver con la mejora del feo entorno en que suelen moverse dentro de las ciudades.

Ante esto, el poder político ha comenzado a dar respuesta. En esta adaptación habría que incluir la relativa pero real distensión del autoritarismo en la URSS y en el resto de los países del Este, particularmente en Polonia. Y de la misma manera, el progresivo continuo cambio de gobernantes en los países democráticos, lo que indicaría asimismo un deseo de cambio en la gente. Problema marginal, aunque bastante interesante, es el hecho de que la gente esté optando por cambios ultraconservadores como en el caso de Inglaterra y los Estados Unidos o de izquierda como en el de Francia y muy probablemente, según la tendencia de voto, en otros países del sur de Europa. La explicación sociológica sería la misma: la gente opta por el cambio; por el hombre

fuerte que cree puede organizar la sociedad desde su autoridad o por el hombre de izquierdas que creen puede cambiar el orden establecido en una cierta medida.

Ya en alguna ocasión anterior he comentado como el momento político es particularmente malo para los liberales a los que el público identifica en mayor medida con la sociedad industrial, que no en vano comenzó su andadura de la mano de esta ideología. El público deja desmoronarse el sistema con su bagaje teórico y toma opciones que van desde posiciones próximas al fascismo, hasta cercanas a la planificación y el estatismo.

Es esta una elección por la acción enérgica e inmediata y los resultados palpables que nos proporciona, aunque sólo sea un día, una semana o un año más de vida; es el conservadurismo progresista y el progresismo conservador, lo que hace de nuestra época, el tiempo de crisis que es. Y es, también, lo que hace el no tener futuro.

Porque lo que realmente caracteriza al pensamiento de hoy es el no tener mañana ni desear desentrañarlo. Para bien o para mal estamos viviendo sin utopías. Estas han muerto. ■ R.C.

Plano de la ciudad de Candelario, proyectada para los indios guaraníes de Paraguay por los jesuitas.

